

LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE

Susana Díaz Morcillo

Andriy es un niño rubio, de grandes y curiosos ojos azules. Menudo y dulce como el algodón de azúcar, pero con una energía arrolladora.

Andriy es un niño muy valiente. Todos los días, a las 7 en punto, sale a la calle en busca de leche para desayunar. Nunca olvida el gorro y los guantes. En Ucrania hace mucho frío, y llueve.

La mamá de Andriy está enferma y espera impaciente la llegada de su hijo. Desde hace un año Andriy cuida de ella; solo con su presencia la hace la mamá más feliz del mundo. Las medicinas son caras para la familia, pero, a su lado, Katrya sana momentáneamente.

Demyan, el papá de Andriy, sale bien temprano de casa. Su trabajo se ha convertido en una esperanza para adquirir las medicinas que necesitan. Rara vez, Andriy consigue verlo antes de ir a dormir y cuando lo hace, escucha atentamente la historia que su papá trae para él. Demyan es el protagonista de todas y cada una de sus aventuras.

Cuando Andriy regresa a casa, calienta la leche para él y su mamá. Un gran tazón y unos oladkys son suficientes para mitigar el hambre durante horas. Andriy se acerca uno de los tazones a la boca.

- ¡Agggg!

Andriy es tan impaciente que siempre acaba quemándose los labios. A Andriy le duele mucho y una lágrima resbala por la suave piel de sus mejillas. Su mamá suspira, se acerca a él, le sopla y le planta un beso en la frente.

- Ya está, curado. -le dice-. Y es que un simple gesto de mamá sirve para aliviarlo. Andriy vuelve a sonreír. Su sonrisa inunda todo.

Andriy ha dejado de ir al colegio, pues mamá lo necesita; hace la cama, barre, friega...

Andriy no sólo ha aprendido a hacer todas esas tareas del hogar, también sabe cocinar.

A él le gustaría aprender mucho más de lo que sabe, hacer nuevos amigos, compartir el almuerzo, jugar en el parque...pero debe conformarse con observar, a través de un cristal, lo que hacen los demás.

Mientras que él se afana en las tareas diarias, a través de la ventana puede ver cómo los niños de su edad caminan hacia el colegio, unos en grupo, otros con su mamá. Pero lo que más le llama la atención a Andriy es la gran curva sonrosada que dibujan sus caras. ¿Será eso la felicidad? -se pregunta-.

Sin embargo, aquel día, algo cambia. Un ruido estremecedor les ensordece. Todo el mundo mira a su alrededor, mientras Andriy se pregunta qué es lo que pasa. Algo en su interior, un pequeño temblor, le hace saber que algo no va bien. De repente, las madres comienzan a tirar de sus hijos y, asustadas, les animan a correr hacia un lugar seguro. De nuevo un rugido feroz los paraliza. Todo parece ir a cámara lenta en los ojos de Andriy. Le cuesta pensar, reaccionar. Un tercer y próximo estruendo devuelve el movimiento a los habitantes del pueblo de Kiev. La gente, en pánico, grita y huye despavorida, sin saber dónde ir, mientras Andriy se pone nervioso al no saber qué está ocurriendo en el exterior.

Andriy titubea, se acerca a la puerta, temblando gira lentamente el pomo y se asoma con cautela, haciendo visible sus dos cristalinos ojos al exterior. El repentino silencio que se ha apoderado de Kiev le da fuerzas suficientes para abrir por completo y observar a su alrededor. Una gran nube de polvo le nubla la vista y dificulta su respiración. Andriy comienza a toser. De repente, la voz de su mamá preguntando qué le ocurre, le hace volver en sí.

- No es nada -responde Andriy, mintiéndola y girándose hacia el interior de la casa.

Cuando vuelve a mirar hacia la calle, la nube de polvo se ha disuelto. Todo está lleno de escombros. El grito ahogado de algunos vecinos se cuele en el oído de Andriy y éste, a pesar del miedo, decide salir a ayudar. Andriy da un paso al frente sin saber dónde ir; espera impaciente una señal. De repente, una lluvia de metal atraviesa el aún pajizo cielo. Pájaros de acero sobrevuelan la ciudad. Andriy decide volver a casa, cuando uno de esos pájaros cae abruptamente sobre ella.

- Mamáaaaaa -grita Andriy angustiado-.

Andriy se acerca a los escombros, buscando nervioso a su madre. A lo lejos, intuye una mano, corre hacia ella y roza con suavidad sus blancos dedos.

- Mami -gime Andriy- mientras que cientos de lágrimas recorren sus mejillas.

Andriy acaba de descubrir el mayor de sus temores, la muerte. Andriy grita, llora, mientras intenta quitar, inútilmente, una a una las piedras que sepultan a Katrya. El miedo se apodera de él y siente cómo una bola se ha instalado en su garganta, dejándole casi sin respiración. Su corazón late tan apresuradamente que parece que vaya a estallar de un momento a otro; duele. Andriy necesita ver a su mamá de nuevo, pero no lo hace; y siente un enorme vacío. En su pecho hay un enorme agujero, que difícilmente podrá llenarse.

En ese momento, unos fuertes brazos rodean a Andriy y escucha con voz rota:

- Mamá está volando hacia el cielo, cariño. –explica con dulzura su padre, mientras la angustia y las lágrimas se apoderan de él-.
- Pero ¿por qué? -preguntó el niño con una gran tristeza-.
- Porque Dios la ha llamado para que nos guíe.
- Pero ¿hacia dónde nos tiene que guiar? –volvió a insistir cada vez más nervioso-
- Hacia la luz.
- No lo entiendo papá.
- Estamos en guerra -contestó su padre, mientras le acariciaba con cariño el rostro-.
- ¿Y eso qué es?
- La guerra es lo que ocurre cuando alguien intenta quedarse con algo a la fuerza; esa fuerza lo llena todo de guerra, de caos, destrucción.
- ¿La fuerza son esos pájaros de metal que vuelan sobre nosotros destruyéndolo todo?
- Sí, y muchas otras cosas. Y todas ellas lo llenan todo de guerra.
- ¿Y qué tiene que ver mamá con eso?
- Mamá debe ayudar a Dios a que esto pare.
- ¿Y por qué ella y no otro?
- Porque él la ha elegido, a ella y muchos otros.
- ¿Y ya no la veremos más? -preguntó desazonado-.
- Podremos verla por la noche.
- ¿Por la noche? -contestó extrañado-.

El padre asintió y explicó:

- Cuando se haga de noche y mires al cielo podrás verla. Mamá será la estrella que más brille del firmamento.
- Pero no podré hablar con ella ni abrazarla.
- Claro que sí. Mamá siempre te escuchará y cuando estés dormido bajará a besarte y decirte que te quiere más que a nada en el mundo. Ella siempre estará a nuestro lado.

Ambos se abrazaron y Andriy volvió a llorar desconsoladamente.

- Ahora debemos marcharnos –le dijo su padre-.

Demyan cogió en volandas a Andriy y buscaron el refugio más cercano.

Horas después, la calma lo inundó todo. Solo había silencio. Todos comenzaron a salir de los refugios y se pusieron en marcha para abandonar su ciudad y el país entero.

Demyan y Andriy viajaban en autobús, mientras este último se preguntaba:

- ¿dónde vamos?

Como si Demyan lo hubiese escuchado, le explicó:

- Cariño, vamos a un lugar seguro, donde no haya guerra y podamos estar a salvo.
- Pero no tenemos casa, ni ropa, ni dinero...
- Nos ayudarán, hay mucha gente esperándonos.
- Pero, ¿cómo sabrá mamá dónde nos encontramos?
- Mamá estará allá donde vayamos, siempre estará a nuestro lado.

En aquel momento, Andriy y Demyan sintieron el peso de las emociones caer sobre ellos. Todos se acurrucaron en sus asientos; Andriy sobre el pecho de papá. El paisaje se movía incesantemente a través de los cristales, mientras comenzaba a anochecer. De repente, Andriy recordó la conversación con su papá y con toda la fuerza del mundo intentó mantener sus ojos abiertos. Quería ver a la estrella más brillante del cielo, quería ver a su mamá.

Cuando por fin las estrellas lo inundaron todo, Andriy la localizó.

- Ahí está mamá -pensó-.

Acto seguido, Andriy le contó a su mamá todo lo que había pasado, le preguntó por qué se había marchado y le explicó todo lo que sentía: dolor, vacío, tristeza...

- Mi corazón está herido, roto, duele... -explicaba, mientras el sueño se apoderaba de él, sumiéndole en una profunda tranquilidad-.

De repente, Andriy notó un beso en su frente y una brisa suave le susurró palabras de amor al oído. Andriy abrió los ojos. El autobús había parado.

- Mamá –dijo medio adormecido-.

Demyan cogió las manos de su hijo:

-Mamá nos ha puesto a salvo, por fin hemos llegado.

Andriy miró curioso a su alrededor. Cientos de personas ondeaban bandera cuyos colores conocían de sobra, mientras pancartas con palabras que no entendían se agitaban esperando su llegada.

Poco a poco fueron bajando. La gente se arremolinaba a su alrededor y hablaban incesantemente, a pesar de que ellos no entendían nada. En ese mismo momento, una niña de pelo castaño y preciosos ojos verdes se acercó a Andriy, lo atrajo hacia ella y lo abrazó.

Andriy miró a su padre, que le dedicaba una tierna sonrisa. A Andriy se le escapó una lágrima, alzó sus pequeños brazos y rodeó con ellos a la niña, mientras los padres de ésta le acariciaban su sedoso cabello. Andriy, de repente, volvía a sonreír. Andriy volvía a ser feliz.